

El martes, siendo Navidad, dormí hasta tarde, trabajé hasta el mediodía en mi artículo para el Batavia Medical Journal y luego me dirigí al puerto para reservar pasaje en el próximo barco de K. P. M. con destino a Singapur. Era el aniversario de mis seis años de práctica en Samarinda, y me alegraba de irme de Borneo para siempre. Regresé a mis aposentos en el distrito europeo y comencé de inmediato la larga tarea de empacar. A las dos de la tarde, de repente y sin previo aviso, un extraño nerviosismo se apoderó de mí. Justo en el momento en que las últimas campanadas del reloj se apagaron, un miedo indescriptible me recorrió la cabeza, acelerándome el pulso. No pretendo ser psíquico. De hecho, como es natural en mi profesión, siempre he desaprobado cualquier sugerencia sobrenatural. Pero he aprendido por experiencia que una sensación como la que experimentaba ahora invariablemente presagiaba algún suceso sombrío, alguna tragedia en mi propio círculo de conocidos. Un cuarto de hora después recibí ese extraño mensaje de Corlin. Lo entregó un chico cantonés y decía lo siguiente:

ESTIMADO DR. VAN RUELLER:

Desde la última vez que Alice lo vio, su enfermedad, que usted diagnosticó como un ligero episodio de fiebre, ha empeorado constantemente. Si puede hacer el viaje río arriba antes de irse de Samarinda, le estaré muy agradecido. Sin embargo, debo advertirle una cosa: si llega a ver una cometa volando sobre la selva cerca de mi casa, por su vida no intente derribarla.

Atentamente, Edward Corlin.

Leí esa carta dos veces antes de levantar la vista. No hacía mucho que conocía a Corlin. Hacía un año que había llegado desde el Borneo Septentrional británico, donde ocupaba el puesto de Conservador de Bosques. Tras él, en un barco de vapor, llegaron su encantadora esposa, Alice, y su hija, Fay. Corrían historias desagradables sobre Corlin. Se rumoreaba que el gobierno británico le había solicitado la dimisión después de que su crueldad con los dayaks provocara un brote indígena en una de las reservas forestales.

Poco después de su llegada a Samarinda, el hombre se hizo cargo de una vieja casa de descanso río arriba del Mahakam. Allí había establecido su hogar, y allí su esposa e hija se vieron obligadas a aceptar la soledad y la selva con él.

Mientras el chico cantonés permanecía allí, sentí un fuerte deseo de rechazar la llamada. Francamente, Corlin no me gustaba. Lo que no entendí fue la mención de la cometa.

—Kang Chow —dije, pues ya había hablado varias veces con el hijo de Corlin—, ¿han adoptado los dayaks de tu distrito la práctica malaya de volar cometas?

El chico negó con la cabeza.

—¿Entonces lo hacen los malayos?

—No hay malayos allí. Solo hay una aldea dayak. ¿Vienes?

Dudé.

—Sí, iré —dije al fin—. Ten a tus barqueros y sampán listos en media hora. Te espero en el embarcadero.

Mi procedimiento habitual durante un viaje río arriba es sentarme a la sombra de la cabaña, fumar una pipa y esperar a que los dayaks, que cantan, lleven el sampán a mi destino. Hoy, sin embargo, me agaché tenso en la proa, bajo el sol abrasador, contemplando las humeantes orillas.

Durante dos horas no ocurrió nada. Entonces, al acercarnos a la última curva antes de la casa de Corlin, Kang Chow señaló al cielo y dijo:

—¿Ves? Cometa. Una cometa enorme.

La cometa estaba allí, y podía verla claramente desde el río. No tenía nada de extraño: una enorme cruz hecha con dos trozos de bambú y papel de arroz rojo, con la cola cortada para que pareciera un dragón. Pero de repente, la luz del sol me llegó desde un ángulo diferente y lancé una exclamación aguda. El hilo que sostenía la cometa no era cáñamo nativo, sino alambre. ¡Alambre de cobre! Podía verlo brillar como una fina hebra de oro. El alambre descendió del cielo y desapareció en la selva.

—Hacia la costa, Kang Chow —espeté—. Hacia la costa.

Minutos después me abría paso entre la maleza, luchando contra una horda de insectos. El alambre terminaba abruptamente en un gran árbol palapak. Estaba enrollado varias veces alrededor del tronco y empalmado. ¿Qué hacía una cometa allí, volando sin guía humana? Una cometa nativa, pero sujeta por el alambre de los hombres blancos.

Preocupado, volví al sampán. Diez minutos después, el barco atracó junto al muelle de Corlin, y seguí a Kang Chow hasta el claro y la casa. Corlin me recibió en la puerta, me estrechó la mano y me condujo a la sala central.

—Me alegra que haya podido venir, doctor —dijo—. Ha sido un infierno la espera. Alice está en la trastienda. Mi hija, Fay, la está atendiendo.

—¿Cómo está la paciente? —pregunté.

—No está mejor —respondió Corlin—. La he mantenido dosificada con quinina, como usted sugirió. Pero no es fiebre lo que me preocupa. Es... ¡Por Dios, doctor! ¿Vio la cometa?

Miré fijamente al hombre. Corlin tenía cara de halcón, ojitos de cerdo y la piel picada por insectos tras años en el trópico. Algo lo preocupaba.

—Quizás sea mejor que la revise primero —dijo.

Me condujo a una habitación en la parte trasera. Era una pequeña habitación con una cama individual, las contraventanas parcialmente cerradas y un olor a enfermedad definitivamente asfixiante. La esposa de Corlin yacía inmóvil en la cama. En una silla a su lado estaba sentada su hija, Fay. Le tomé el pulso y la temperatura. El corazón le latía rápido, pero el termómetro marcaba un ritmo inferior al normal.

De repente, Corlin se adelantó y me llevó hasta la ventana. Señaló hacia el cielo.

—¡Mire! —susurró con voz ronca—. ¿La ve?

Miré su mano y de nuevo vi la cometa. Seguía igual de alta, pero mucho más cerca, impulsada por el viento creciente. El papel de arroz rojo brillaba como un punto contra el azul.

—Sí, la veo —dije—. Una cometa. ¿Pero qué...?

Corlin me espetó antes de que pudiera terminar.

—Quiero que mire esa cometa, Van Rueller. Siga mirando.

Mirando hacia arriba, sentí que el corazón me latía con fuerza en la garganta.

—Ahora tómeme el pulso y siga observando esa cometa —ordenó Corlin.

Encendió un cigarrillo con manos temblorosas y se apoyó en la pared. Durante un largo rato mantuve la mano presionada contra la muñeca flácida, mientras observaba

la cometa, inmóvil, sobre la selva. De repente, la cola del dragón se combó con el viento, y la cometa se posó quince metros más abajo. Me giré hacia la mujer en la cama. Respiraba entrecortadamente. Su pulso era apenas un latido débil.

Justo cuando abría mi maletín para sacar una cápsula de nitrito de amilo, el bajón pasó. El corazón volvió a la normalidad. Afuera, la cometa saltaba, ascendiendo como un pájaro asustado a nuevas alturas. Pasó un cuarto de hora antes de que me diera cuenta de su terrible significado. Con dedos temblorosos, le di a la mujer una dosis de estricnina. Me dirigí a la puerta y le hice señas a Corlin para que me siguiera. De vuelta en la sala central, me serví un vaso de whisky y me enfrenté al exconservador al otro lado de la mesa.

—Corlin —dije, intentando controlar la voz—. Llevo seis años en Borneo. He tratado de todo, desde el jurel amarillo hasta la picadura de una hamadriade. Pero nunca me había topado con algo así. ¡Es... es imposible!

—¿Entonces no estoy loco? —Corlin tamborileó con los dedos—. ¿Lo viste?

—Lo vi —respondí—, y por imposible que parezca, es cierto. De alguna manera infernal, el estado físico de su esposa está relacionado con los movimientos de esa cometa. Cuando la cometa está quieta o ascendiendo, su pulso es normal. Pero en el momento en que empieza a caer, su corazón se ralentiza y la muerte se acerca. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Desde ayer por la tarde —respondió Corlin—. Lo noté poco después de que Alice se debilitara tanto que la obligaron a acostarse. Lo primero que pensé fue bajar la cometa. Lo intenté y casi la mato. Me acerqué a ese árbol y empecé a tirarla lentamente. Fay debía disparar un revólver en cuanto notara algún efecto adverso. El disparo llegó casi de inmediato.

Se acercó a mí.

—¡Por Dios! ¿A qué nos enfrentamos?

Me dirigí hacia otra puerta que daba a una cámara lateral. Dentro vi varias vitrinas y una colección de objetos curiosos en la pared.

—Enséñame tu colección —dije al fin—. Quizás me dé tiempo para pensar.

La colección de Corlin era muy conocida en todo el distrito. Recopilarla había sido su único interés durante muchos años. El hombre giró la cabeza y gritó:

—Kang Chow. ¡Maldita sea! ¡Rápido!.

El chico cantonés llegó corriendo, dedujo las órdenes de Corlin y corrió rápidamente las persianas de la otra habitación.

—Alguien entró aquí hace un par de noches —dijo Corlin—. Intentó robar mis cosas. Disparé, pero fallé.

La mayor parte de la colección de Corlin consistía en objetos de Borneo, provenientes del interior. También había artículos de Java, las Célebes y China. Vi parangs, cerbatanas y cerámica. Pero mi mirada se detuvo en una vitrina en un rincón que contenía una enorme pieza de seda carmesí.

—Esa seda es pura labor tibetana —dijo Corlin, notando mi interés—. Proviene del templo prohibido de Po Yun Kwan, sede de la secta Nepahte en el norte de la India. Cuando la obtuve, adornaba el Altar Supremo del Fuego, en lo que se conocía como la Sala de la Llama Sagrada. Para ser franco, trepé por una pared exterior, me colé por una ventana sin barrotes y la levanté mientras los sacerdotes dormían.

—¿La robó? —exclamé.

Corlin asintió.

—Hay que hacer esas cosas si se quiere tener una colección. Esta seda tiene un significado místico para un tibetano. Los sacerdotes la llamaban la tela del Dios del Fuego, y se supone que todos los terrores de los siete infiernos persiguen a quien la profana. La belleza de la pieza reside en el diseño del dragón en el centro. No lo sé con certeza, pero tengo entendido que en su nombre se han practicado todo tipo de ritos malvados y obscenos. Esta es la religión menos comprendida de Asia. Está impregnada de Magia Negra y...

Me acerqué y examiné la tela. La esquina inferior derecha terminaba en un borde irregular, donde una sección había sido arrancada.

—El ladrón que entró aquí hizo eso —gruñó Corlin—. Lo sorprendí antes de que pudiera arrancarla completamente del estuche, pero escapó en la oscuridad. ¿Qué pasa, Fay?

La hija del Conservador había entrado en la habitación. Su rostro estaba blanco como la cal.

—¡Rápido, doctor! —gritó—. ¡Mi madre...

En diez zancadas llegué a la otra habitación. Pero en cuanto me arrodillé junto a la mujer, me di cuenta de que estaba indefensa. Prácticamente no tenía pulso. Un instante después sonó el estertor: ¡Alice Corlin estaba muerta!

Aún sujetando la muñeca sin vida, miré al cielo por la ventana. Mis ojos se llenaron de horror. Mientras observaba, la cometa descendió lentamente. Cayó en la selva y desapareció.

Impaciente como estaba por irme de Samarinda, los curiosos hechos que rodearon la muerte de Alice Corlin me llevaron a posponer mi partida. Mi certificado atribuía su muerte a una fiebre palúdica congestiva. Pero sabía, de sobra, que la causa era más profunda. Tenía la cometa. River Dyaks, cerca de la casa de Corlin, me la había traído a cambio de una cantidad de tabaco. Estaba hecha de palos de bambú y papel de arroz, como sospechaba. Pero pegado a la superficie había un pequeño retal de seda roja: un fragmento del mantel del altar del Dios del Fuego de Corlin.

Exactamente una semana después, Corlin llegó a mis aposentos. Entró en mi terraza y me miró con ojos demacrados.

—Van Rueller —dijo—. Hay otra cometa.

—¿Qué? —grité.

Él asintió.

—Exactamente igual a la primera. Mismo tamaño, mismo color, mismo tipo de cable. Lleva dos días en el aire, pero parece desaparecer cada noche. Y mi hija, Fay...

—¿No la está afectando también? —me invadió una sensación de horror e impotencia.

Corlin apretó los puños.

—No físicamente como a Alice, sino mentalmente. Algo indescriptiblemente maligno se está apoderando lentamente de su alma.

Para entonces, estaba tenso de la emoción. Me disgustaba Corlin, pero la combinación de los acontecimientos me atrajo con una fuerza hipnótica. Le dije a Corlin que iría río arriba en una hora.

Había llovido durante la noche, y mientras remábamos río arriba por el Mahakam, el cielo estaba de un gris leproso. De nuevo, Kang Chow estaba sentado rígidamente en la popa, dirigiendo a los barqueros dayak. La cometa apareció casi en el mismo lugar donde había visto a su predecesora. La observé hasta que el sampán golpeó el muelle, pero no hice ningún comentario.

Un momento después, en la casa, me encontré con Fay Corlin. Estaba sentada en una silla en el centro de la habitación, rígida, con la mirada fija al frente. Había una

expresión de terror en su rostro; sus labios estaban blancos. Durante cinco minutos le hablé para tranquilizarla. No respondió. En cambio, de repente y sin previo aviso, se puso de pie de un salto y lanzó un grito ahogado. Luego, como un ser inerte, se desplomó en el suelo. Incluso mientras me inclinaba sobre ella, supe que mis peores temores se habían hecho realidad. ¡La cometa volvía a funcionar!

Pero esta vez no tenía intención de quedarme sin hacer nada. El estado físico de la niña estaba relacionado con los movimientos de la cometa. Por imposible que pareciera, sabía que era cierto. No podían derribar la cometa, o Fay Corlin moriría. Debía ser destruida en el aire. Agarré mi botiquín y salí corriendo por el sendero de la selva hasta el embarcadero. Salté al sampán y remé furiosamente hacia la orilla opuesta.

Nubes de tormenta se acercaban velozmente desde el horizonte. El cielo hacia el este era de un verde pegajoso. Siguiendo el cable de cobre, llegué a la otra orilla y me adentré en el bosque. Estaba atado al mismo árbol palapak. Abrí mi maletín y me puse manos a la obra. De un compartimento saqué un poco de piroxilina y la extendí delante de mí. Cuarenta gramos mezclados con éter y alcohol forman colodión, útil para curar heridas pequeñas. Pero la piroxilina no es más que algodón pólvora.

En mi maletín también llevaba un tubo de latón, con tapas en ambos extremos para llevar cerillas. Quité las tapas e inserté el algodón pólvora. A continuación, de un bolsillo interior saqué un trozo grande de papel y arranqué la cadena de mi reloj. ¿Han visto a un niño enviar un mensaje por la cuerda de una cometa, impulsada por el viento? Yo hacía prácticamente lo mismo, solo que mi «mensaje» era una carga de algodón pólvora inflamable.

La más mínima descarga de un rayo de la tormenta que se aproximaba bastaría para encender la piroxilina y destruir la cometa en el aire. Volví a atar el alambre al árbol y luego pasé el papel por él.

Mientras trabajaba, la tormenta se acercaba a toda velocidad. La cometa volaba muy por encima del techo ondulante de la selva. La solté. Por un instante, el «mensaje» permaneció inmóvil. Luego, con un leve zumbido, comenzó a ascender por el alambre. Corrí de vuelta al sampán y remé de vuelta al otro lado del río.

De regreso en la casa, encontré a Fay inconsciente en el catre del cuarto de recolección donde Corlin la había llevado. Al otro lado de la habitación, mirando por la ventana, estaba el chico cantonés, Kang Chow. Esperé. Con una mano sujeta a la muñeca de la chica, me arrodillé allí. Corlin paseaba de un lado a otro por la habitación. Si vio a Kang Chow, no dio señales de ello. La habitación estaba medio envuelta en sombras.

En la esquina, la seda carmesí, la tela del Dios del Fuego del templo del Tíbet, se

exhibía espeluznantemente en su estuche de bambú. Su superficie escarlata parecía cien veces mayor.

La tormenta se acercaba. Desde el este, una nube más negra se cernía sobre la selva. Y entonces, como un cuchillo, un rayo afilado se disparó hacia la cometa. Un rugido de trueno hizo temblar los pilares de la casa. Cinco segundos después, una llamarada estalló en el cielo, muy por encima de la ventana abierta. La primera se deslizó por la cola del dragón como un monstruo devorador, y el alambre cayó al suelo como una serpiente retorcida. ¡La cometa había desaparecido!

Al instante, un violento temblor recorrió a la afligida niña. Un jadeo asomó a sus labios. El pulso se convirtió en un martilleo. Luego, los latidos se normalizaron, y me recosté con un grito de júbilo. Pero en ese instante, cualquier pensamiento de éxito desapareció de mi mente. Un grito ahogado de Kang Chow me hizo girar. El chico cantonés permaneció rígido, con la mirada fija en la seda carmesí del estuche a su lado. Y fue esa seda la que atrajo mi mirada. Mientras observaba, una columna de humo apareció sobre el diseño del Dios del Fuego. Una lengua de fuego se disparó hacia afuera.

Corlin se giró. Por un instante permaneció inmóvil. Entonces, la puerta del estuche se abrió de golpe. Y lentamente, centímetro a centímetro, la seda llameante comenzó a moverse hacia afuera. Por sí sola, sin apoyo, se movió, se elevó en el aire y comenzó a flotar por la habitación.

Sin cesar, se acercó a Corlin. El rostro del Conservador estaba ceniciento. Intentó girar, pero parecía clavado en el sitio. Horrorizado, observé cómo la seda llameante acortaba la distancia. Entonces, con un último tirón, saltó hacia adelante. ¡La masa ardiente cayó sobre la cabeza de Corlin, apretada como un sudario!

Juro que no podía moverme. Algún poder externo me impidió dar un solo paso.

Gritando espantosamente, Corlin cayó al suelo. Una cortina de humo lo envolvió. Me inundó la nariz con el olor a carne quemada. Rompí el hechizo y corrí hacia adelante. Agarré la tela con ambas manos. Resistió todos los esfuerzos. Agarré una alfombra de ratán e intenté sofocar las llamas. Pero el fuego solo se avivó.

Por fin, las manos de Corlin se agitaron salvajemente en una última agonía. Se desplomó y permaneció inmóvil.

Fay Corlin salió de Samarinda el 29 de enero. Mi pasaje a Singapur, y de allí a casa, estaba programado para una semana después. Kang Chow desapareció. Podría haber explicado a las autoridades holandesas la participación del chico cantonés en la muerte de Edward Corlin. O podría haber solicitado una investigación y testificado todo lo que sabía. Sin embargo, de alguna manera, esos hechos, de haber salido a la

luz en un tribunal colonial, habrían parecido aún más imposibles.

Puedo contrarrestar todo esto catalogando algunos de mis hallazgos posteriores. Por ejemplo, estaba la lata de gasolina que descubrí bajo la casa de Corlin. Estaba el carrete de alambre, una sección del cual había sido tendido a lo largo de la sala de recolección, presumiblemente como cuerda de soporte para una cortina de bambú. Dicho alambre podría haber servido como riel para la seda flotante y llameante. Y estaba mi propio conocimiento de que los chinos sacrifican cualquier cosa para lograr el efecto teatral adecuado. Porque Kang Chow, como se reveló más tarde, no era cantonés; era tibetano, un antiguo sacerdote del templo prohibido de Po Yun Kwan, ¡de donde habían robado la tela del Dios del Fuego!

Y, sin embargo, estaban la cometa, la muerte de la esposa de Corlin y el extraño efecto en la vida de su hija, Fay. Quizás fue la fiebre la causa de estos sucesos. Pero no lo creo.